

El Padre, la metàfora necesaria

El descubrimiento por Freud del falo como símbolo mayor que rige la significación humana de manera universal y no negativizable, constituye lo específico del psicoanálisis y lo distingue de una ciencia o de una filosofía.

La entrada del sujeto en el Lenguaje se produce bajo la égida del falo simbólico, que en las llamadas fórmulas cuánticas de la sexuación se escribe según la forma de una función proposicional. Y a su vez esa función universal se funda en una existencia que Lacan llamó: Padre. En dichas fórmulas, es la existencia de al menos Uno que dice no a la función fálica lo que constituye la operación necesaria del padre. Pero ese Uno no es alguien. No hay representación del padre, no es una figura construible en la consciencia, él permanece inconsciente. La racionalidad de la función paterna no puede encontrarse en una psicología del padre ni en el padre histórico. El Nombre del Padre es una referencia estructural y cada vez que se encarna podrá decirse: « no es eso ».

Se deberá alojarlo en una lógica donde lo necesario funda lo posible, entendiendo como necesaria la metàfora que constituye una mediación entre el sujeto y el enigma insondable del deseo del Otro. Se va a seguir entonces la línea que transporta la lógica desde Aristóteles a Peirce hasta la razón freudiana.

Estructura y puesta en escena

La práctica del psicoanálisis y su discurso se ubica en el cruce de dos registros irreductibles entre sí: la estructura y la historia. Sólo se puede hablar con propiedad de la clínica psicoanalítica, si acontece en ese lugar de articulación. A la estructura (el inconsciente freudiano) se entra por la historia, esto es: no hay manera de llegar a los procesos primarios si no es a partir de los secundarios, la apreciación de una condensación onírica sólo es posible a partir del material organizado por la elaboración secundaria; sólo se accede al sueño por el relato del sueño. Y a su vez la historia no se explica por la historia sino por la estructura, no es pertinente explicar el síntoma por la historia. El psicoanálisis particularmente se ocupa del orden de la causa y de la determinación que es estructural.

En el Sem. De un Otro al otro, Pag. 310, Lacan aclaraba: « ...en psicoanálisis, cuando se trata del sujeto, es siempre esencial retomar la cuestión de la estructura. Es esta reasunción lo que constituye el verdadero progreso, lo único que puede hacer progresar lo que se llama impropriamente: la clínica. »

Se entiende entonces que la clínica no es la mera evocación de un caso sino una declinación de la estructura. Las formaciones del Inconsciente son declinaciones en el plano de la historia de procesos inconscientes.

En psicoanálisis no hay, pues, una clínica separada de la estructura, es decir de una lógica, ni una experiencia que se mantenga a distancia de algún modelo teórico, sino que la estructura necesita de una topología que « opera en la experiencia no como modelo teórico sino como la

màquina original que pone en ella al sujeto en escena » Lacan, Observación sobre el informe de Lagache, pag. 271.

Desde esta consideración, el padre en psicoanálisis no puede agotarse en el padre histórico. El padre es un operador estructural y su figura histórica es una de sus presentaciones que no se explica por sí misma, sino debe ser referida a una determinación de estructura. Se llamará Padre a algo que responde a una necesidad estructural, que consiste en la necesidad de una mediación en relación a la falta en el Otro.

Necesidad de la Metàfora

En sus primeros escritos, Freud evocaba al creador de la civilización como aquel que fue el primero en lanzar una injuria en lugar de una piedra. La injuria en su valor de metàfora evoca al padre que la ley del talión desconoce. La mediación por la palabra, aún la injuriosa, es lo propio de la función del padre.

La entrada al discurso está marcada por la sujeción del cuerpo a la función fàlica, de manera universal, todos los sujetos se ubican como significantes que satisfacen la función fàlica. Ahora bien, entre ese imperativo y el cuerpo, se plantea la necesidad de una mediación en la medida que la subjetividad necesita de una existencia para no quedar englutida en el cuerpo.

Así, el Padre es una metàfora que produce el lugar del falo como significación, que produce ese incorporal con el cual el sujeto va a poder hacer una mediación con el deseo de la Madre. La significación fàlica será el recurso que opera como mediación.

La coloración de violencia no es algo, entonces, propio del Padre sino relativo a la necesidad perentoria de una mediación. No es alguien aquello que se impone sino una necesidad absoluta a la que el sujeto no se puede rehusar. Si rehusa la necesidad de la metàfora, es decir, la necesidad del Padre, eso dà como resultado la estructura clínica llamada psicosis.

El padre es lo que da curso a esa necesidad mediante la metàfora, él es la mediación por el significante. Por lo tanto, no es una función que impida la relación entre la madre y el niño sino que la articula.

Pero la articula de una manera que no podría sustancializarse, ya que si queda abarcado por un saber constituido, pierde su capacidad para generar esa creación significativa que es la metàfora. Ello en la medida que una metàfora es una operación del lenguaje en lo imprevisto, una desviación luminosa, una inadecuación eficaz.

El padre como tal permanece inconsciente. Su referencia topològica es reconocible en la estructura borromea, en la cual un redondel liga a otros dos de tal manera que retirando cualquiera de los tres, los otros dos se sueltan. Es un redondel que articula a otros dos (escritura topològica del padre) pero ya que los tres redondeles son homogéneos, no podría designarse a uno como aquel que anuda. El que anuda, permanece imposible de saber. Si el padre fuera reconocible sería un líder, es decir un factor de represión y no de articulación, de anudamiento.

Cada metàfora creada en la lengua es la puesta en juego de esa función del Padre como principio de la sustitución. Si el Padre civiliza, es en la medida que ofrece una mediación no una retención ni una falta de respuesta. Cada vez que el sujeto se confronte con el Otro barrado, deberá recurrir a la metàfora como mediación. Le es absolutamente necesario.

En la metàfora paterna el significante del Nombre del Padre produce al Falo como significaciòn al sustituir al Deseo de la Madre. Por lo tanto, toda significaciòn serà fàlica y el falo simbòlico escribe la significaciòn imposible de negativizar.

Sin embargo, el significante del Nombre del Padre no cae bajo la significaciòn del Falo ya que es justamente él mismo el significante que la introduce. Este significante en excepciòn lo reencontramos en las fòrmulas de la sexuaciòn en la escritura de la existencia de al menos uno que niega la funciòn fàlica. Se trata pues de la misma lògica, de sustracciòn de un universal para justamente, desde su ubicaciòn extrínseca, fundar al universal como tal .

Ya que el universal de la funciòn fàlica no se sostiene solo sino con otra fòrmula que parece contradictoria desde el punto de vista aristotélico pero legítimo desde la moderna teorìa axiomàtica de conjuntos. La de la existencia de Uno que niega ese universal y se inscribe por fuera de la funciòn fàlica, es decir, de la castraciòn. La escritura lògica del padre la vamos a encontrar en esas dos fòrmulas.

El universal , por un lado es una no existencia segùn la lògica de Peirce y cuyo modelo es el de la casilla vacìa, y por otro lado, segùn la teorìa matemàtica de Krivine, està fundado por una existencia que dice : no.

Es una no-existencia (donde el « es » indica que se trata de su definiciòn), quiere decir que su complemento es vaciò. En cambio en la teorìa de conjuntos el otro no es vaciò, es una exterioridad donde hay una existencia, y es esa existencia la que va a fundar al universal, le va a conferir su borde .

Por lo tanto, en el Lenguaje de predicados de los enunciados de Peirce se va a definir el universal, y luego en la Teorìa. de conjuntos se va a fundar el universal. Vemos que es lògicamente distinto el hecho de definir al de fundar.

De ese modo, el universal fundado en su negaciòn es una elaboraciòn opuesta al que Lacan denominò universal fùtil, el que se pretende designado en la pertenencia por la simple definiciòn . El universal fundado en la negaciòn serà un universal no idéntico a una totalidad, su fundaciòn necesita lògicamente de una existencia que niegue el universal de la funciòn.

En el libro quinto-D de la Metafísica de Aristòteles se llama necesario a aquello que es la causa cooperante sin la cual es imposible vivir . Su caràcter inevitable, de coacciòn, de obligaciòn, le da a la necesidad un tinte de aflicciòn. Y citando a Hesìodo concluye que sòlo los dioses son aquellos que viven libres de todo esfuerzo .

Al sujeto, entonces, se le plantea el reconocimiento tràgico de la necesidad. (Vemos que la opciòn de delegar la necesidad es la de la princesa, (fatalmente desdichada y triste) figura de la Demanda, que Lacan opone a la Dama del amor cortés, figura del deseo.) Eludir la necesidad del padre es una operaciòn psicòtica, la de mantenerse sordo a la metàfora. Y la operaciòn històrica es la que transforma la necesidad en amor, la metàfora del padre en amor al padre.

La metàfora paterna transmitida por el decir de la madre, no es una inyecciòn sobre el sujeto ni un mandato, sino que el sujeto debe leerla. En ese sentido, el Padre como metàfora es la metàfora del sujeto. Ya que una metàfora no es una imposiciòn sino un hecho de lectura y que constituye al sujeto como tal. El sujeto es el efecto de su acto de lectura. Recibir una comunicaciòn y registrarla, no es un hecho de lenguaje ni en ello està en juego la subjetividad. El sujeto aparece cuando lee entre líneas, cuando aprecia, y no cuando registra. El sujeto no es el que responde al mensaje sino el que reconoce al mensaje como tal, el que anota la inminencia de una tormenta en el cuaderno de bitàcora.

El Padre, en consecuencia, será un hecho de lectura. Y el amor al padre, pues, es defensa contra el Nombre del Padre en la medida en que el amor ubica al padre en un lugar de Ideal inalcanzable, como aquel que detenta los derechos y los medios del goce, y que por lo tanto se tornará tan amado como odiado. En cambio el padre como significante de la metáfora, es un recurso simbólico no sólo alcanzable sino absolutamente necesario.

Paula Hochman
pbhochman@gmail.com

Bibliografía

- Jacques Lacan, 1) « Le savoir du psychanalyste », A.F.I., France, 2001.
2) « Escritos », Volumen 1, Observación sobre el Informe de Daniel Lagache.
3) « D'un Autre à l'autre », Seuil, Paris, 2006.
- Sigmund Freud, 1) El Mecanismo Psíquico de los Fenómenos Históricos, O.C., T.1 Biblioteca Nueva, Madrid.
2) Totem y Tabú, idem, T. 2.
- Aristóteles, Metafísica, Libro Quinto-D, Ed. Porrúa, México, 1992
- Jean-Michel Vappereau, « Es Uno ...o, es Dos ? », ed. Kliné, Buenos Aires, 1997.
- Jean Louis Krivine : « Théorie des ensembles », Ed. Cassini, Paris, 1998.